

A.C.N. DE P.

AÑO XVIII

Madrid 1 de diciembre de 1942

Núm. 299

CIRCULO DE ESTUDIOS DE MADRID

“DOCTRINA DEL COMUNISMO ATEO”

Por Tomás DEL CERRO CORROCHANO,
del Centro de Madrid.—Licenciado en Derecho y en
Filosofía y Letras.—Inspector de Trabajo.
Ex director del I. S. O.

Don Fernando MARTIN-SANCHEZ JULIA: Da la feliz coincidencia de que al presidirnos hoy el padre Ayala, gran maestro y poderosa acción en los medios sociales para la conquista de los

obreros, nos habla de una doctrina eminentemente antisocial. Tomás Cerro, que ha sido también toda su vida una poderosa acción y una eminente docencia para nuestras masas trabajadoras.

Porque precisamente acaso la faceta más desconocida de Cerro sea su vocación, cultivada desde la

adolescencia, por las tareas de la enseñanza. No siempre Cerro ha podido ejercerlas, pero jamás dejó de añorarlas cuando la vida le alejaba de ellas.

Cerro ha practicado el periodismo con gran éxito, ha sido vicesecretario de la Asociación de Propagandistas en los tiempos difíciles inmediatamente posteriores a la guerra de liberación, fué director del fecundísimo Instituto Social Obrero, del que ha salido el mayor número de dirigentes de obreros españoles situados fuera del marxismo. Además, ahora es secretario del Centro de Estudios Mercantiles y Económicos y del Centro de Cultura Superior Religiosa. En otros órdenes de actividad, es inspector del Trabajo, tras brillantísima oposición que hace pocos años tuvo que hacer, y también desempeña el cargo de secretario particular del señor ministro de Hacienda.

Cerro es un talento clarísimo servido por una voluntad de hierro.

Don Tomás CERRO: Yo también recibí de manos del P. Ayala la insignia de propagandista numerario en aquella sesión del 3 de diciembre de 1934 y durante aquel otoño en que, tras la tentativa de octubre, se preparaba definitivamente la revolución marxista española. Comprenderéis por ello fácilmente la emoción que despierta en mí su presencia.

Plan de la ponencia

Los comunistas rusos modernos se consideran a sí mismos no sólo como

marxistas puros, sino como los únicos intérpretes auténticos de la doctrina de Carlos Marx y de su íntimo colaborador Federico Engels. De aquí que no sea posible hablar de comunismo sin citar con frecuencia a los primeros; pero hay que tener en cuenta que la única interpretación del marxismo que un comunista admitiría es la leninista-staliniana. Quiero justificar con esta advertencia el sistema que voy a seguir en la selección de los textos.

El marxismo, en líneas generales, es: a) Una filosofía de la historia. b) Una teoría del desarrollo social. c) Una concepción económica; y d) Una estrategia y una táctica de la revolución.

A) La interpretación materialista de la Historia

No hay ninguna doctrina social digna de tal nombre que no tenga a su base una interpretación de la historia. Para actuar sobre una realidad social con el fin de defenderla, perfeccionarla o destruirla hay que conocerla bien. Y no se conoce bien una sociedad sin conocer su pasado y las leyes que lo rigen y con arreglo a las cuales habrá de llevarse a cabo su ulterior desarrollo.

La concepción marxista de la historia es, ante todo, materialista: “El gran problema de toda filosofía—dice Engels en un párrafo de su obra sobre Feuerbach, citado por Lenin, que entiende que “cualquier otro empleo de los conceptos de idealismo y de materialismo sólo sirve para sembrar confusión”—, especialmente de la moderna, es el de las relaciones entre el pensar y el ser... entre el espíritu y la naturaleza... ¿Qué es lo primero, el espíritu o la naturaleza?... Los filósofos se dividen en dos grandes campos, según la contestación dada a esta pregunta. Los que afirmaban la originalidad del espíritu sobre la naturaleza y que, por tanto, reconocían, en última instancia, una creación de cualquier clase que fuese..., formaban el campo del idealismo. Los otros, los que veían en la naturaleza lo originario, figuran en las distintas escuelas del materialismo.”

Pues bien; Carlos Marx—que aplicó a la crítica del capitalismo la dialéctica hegeliana que Feuerbach había utilizado contra el cristianismo (Laski)—subraya su materialismo frente a Hegel,

a quien tacha de idealista: “Para mí —dice—lo ideal no es más que lo material, traspuesto y traducido a la cabeza del hombre.”

Y Federico Engels—al exponer precisamente la filosofía materialista de Marx en el “Anti-Düring”, que Marx conoció antes de su publicación—añade: “La unidad del mundo no reside en su ser... La verdadera unidad del mundo reside en su materialidad, y esto está probado por un largo y trabajoso desarrollo de la filosofía y de las ciencias naturales... El movimiento es la modalidad de existencia de la materia. Nunca ni en parte alguna ha existido ni puede existir materia sin movimiento. Si nos preguntamos... qué son, pues, el pensamiento y la conciencia y de dónde proceden, encontraremos que son productos del cerebro humano y que el hombre es, a su vez, un producto de la naturaleza, que se ha desarrollado en su medio y con él; por donde de suyo se comprende que los productos del cerebro humano que, en última instancia, son también productos de la naturaleza, no contradicen, sino que corresponden a la restante concatenación natural.”

Son materialistas, pues, los comunistas. Pero todos ellos, a partir de Marx y Engels, ponen un gran empeño en diferenciar su sistema del que llaman viejo materialismo, al que acusan de “predominantemente mecánico”, de “no histórico”, y de concebir el ser humano de un modo abstracto y no como “el conjunto de todas las relaciones sociales”. El materialismo marxista es un materialismo dialéctico, lo que significa que para sus defensores “no existe nada definitivo, absoluto, sagrado; ponen de relieve en todo y de todo lo que tiene de perecedero y no dejan en pie más que el proceso ininterrumpido de la génesis y de la caducidad, de una marcha ascensional sin fin, desde lo más bajo hasta lo más alto, cuyo mero reflejo en el cerebro pensante es ella misma.” Para Marx, la dialéctica es “la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano.”

De donde la concepción materialista de la Historia: “Si el materialismo en general explica la conciencia por la existencia y no al revés, en su aplicación a la vida social de la humanidad el materialismo exige que la conciencia

social se explique por el ser social", dice Lenin.

Las tesis fundamentales del materialismo aplicado a la sociedad humana y a su historia están expuestas por Marx en el prólogo de la "Contribución a la crítica de la Economía Política": "En la producción social de su vida los hombres contraen determinadas relaciones necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El sistema de producción de la vida material condiciona todo el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, su ser social el que determina su conciencia. Al llegar a un determinado grado de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones sociales de producción existentes o, lo que es lo mismo, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han movido hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se transforma más o menos lentamente, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian estas transformaciones hay que distinguir siempre entre las transformaciones materiales operadas en las condiciones económicas de producción, y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, ideológicas, en una palabra, en que los hombres cobran conciencia de este conflicto y lo ventilan."

La religión, la moral, el derecho, las ideas fundamentales de los hombres sobre la patria, la familia y la propiedad; las formas políticas, la existencia misma del Estado, en fin, no son, según esta doctrina, sino simples superestructuras económicas que carecen de todo valor objetivo.

El comunismo es ateo

Por eso el comunismo es ateo. Si para Marx la religión "es el opio del pueblo", para Lenin "es una de las formas de opresión espiritual que gravita por doquiera sobre las masas por el trabajo incesante en bien de otros, por la pobreza y la privación. La impotencia de todos los explotados en su lucha contra los explotadores origina inevitablemente la creencia en una vida mejor después de la muerte, del mismo modo que la impotencia del salvaje en su lucha con la naturaleza da origen a la creencia en los dioses, los diablos, los milagros, etc." Es más: "Uno de los objetivos de nuestra organización—decía Lenin en un artículo de prensa en 1905—consiste precisamente en luchar contra todo engaño religioso entre los trabajadores. Para nosotros la lucha ideológica no es una cuestión privada, sino una cuestión que interesa a todo el Partido y a todo el proletariado." A lo que añadía en 1909: "El marxismo es materialismo. Como tal, es tan irreconciliablemente opuesto a la religión como lo era el materialismo de los enciclopedistas del siglo XVIII o como lo fué el materialismo de Feuerbach. De esto no cabe duda alguna.

Pero el materialismo dialéctico de Marx y Engels va más lejos que los enciclopedistas y Feuerbach, puesto que aplica la filosofía materialista al dominio de la Historia, al dominio de la ciencia social. Debemos combatir la religión: este es el A B C de todo materialismo y, por consiguiente, del marxismo; pero el marxismo no es el materialismo que se detiene en el A B C. El marxismo va más allá. El marxismo dice: Debemos ser capaces de combatir a la religión, y a este fin debemos explicar desde el punto de vista materialista por qué la fe y la religión predominan entre las masas. La lucha contra la religión no debe limitarse ni reducirse a la prédica ideológica y abstracta. La lucha debe eslabonarse con el movimiento de clase práctico y concreto; su finalidad debe consistir en eliminar las raíces sociales de la religión."

La moral, superestructura económica

La moral es igualmente para los comunistas una superestructura económica. La burguesía industrial y comercial, que ha venido a sustituir a la sociedad feudal en casi todos los países modernos, tiene una moral que no es otra cosa que un resultado del sistema de producción, y cuya finalidad fundamental es mantener la explotación de la clase trabajadora. A la moral burguesa—basada en la voluntad de Dios—hay que oponer la moral comunista. Y así dice Lenin en un discurso a las juventudes rusas en 1920: "La moralidad es lo que sirve para destruir la antigua sociedad explotadora y para agrupar a todos los trabajadores alrededor del proletariado para la creación de la nueva sociedad comunista."

Y el derecho, y la patria, y la familia

Algo semejante ocurre con el derecho, que, según el marxismo, es también una superestructura económica: "Vuestros ideas—dice el "Manifiesto comunista"—son en sí mismas producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es sino la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones de existencia de vuestra clase."

Y con la idea de patria: "Los obreros no tienen patria—puede leerse en el mismo documento—. Las demarcaciones nacionales y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desenvolvimiento de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado universal, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que les corresponden. La conquista del Poder por el proletariado las hará desaparecer más de prisa todavía."

Y con la familia: "La familia no existe sino para la burguesía—también esta cita es del "Manifiesto" de 1848—, que encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública. La familia burguesa se desenvuelve naturalmente con el desvanecimiento de su complemento necesario, y una y otra desaparecen con la desaparición del capital."

El Estado y las formas políticas

El Estado es igualmente, en frase de Engels, "un producto de la sociedad al llegar a una determinada fase de desarrollo" y un instrumento de dominación de la clase privilegiada. Y si

para los marxistas esto es cierto respecto del Estado, con mayor motivo lo será en relación con las formas de gobierno. El descubrimiento de nuevas materias primas, el invento de máquinas, medios de cambio y sistemas de producción desconocidos, la aparición de más amplios mercados, el aumento incesante de las vías de comunicación, al modificar la realidad económica de un momento dado, y con ella la influencia predominante de una clase social, llevan de modo inexcusable a una serie indefinida de modificaciones en la estructura del Estado. La monarquía absoluta del siglo XVI, la república democrática moderna y el Estado comunista ruso son, respectivamente, las formas políticas correspondientes a una sociedad en que dominan los terratenientes semifeudales, la burguesía industrial capitalista y la clase proletaria.

La actividad política de la mujer y la tolerancia religiosa

El principio general del materialismo histórico se comprueba, según sus defensores, al estudiar los más diversos aspectos parciales de la vida social. Laski cita, por ejemplo, una doble aplicación de la tesis, hecha por Bertrand Russell, al problema de la intervención de la mujer en la vida política moderna y al de la tolerancia religiosa. Su razonamiento es éste: La defensa teórica de los derechos políticos de la mujer se remonta a Platón; pero tales derechos no se hicieron efectivos hasta que su intervención creciente en la industria lo hizo inevitable. La tolerancia religiosa tiene antiguos y vigorosos defensores, pero no llegó a ser una realidad hasta que en el siglo XVII se advirtió que la intolerancia "era incompatible con la prosperidad mercantil".

Unas observaciones

No se trata aquí de refutar, sino de exponer. Cabe, no obstante, apuntar, de pasada, tres consideraciones generales de carácter fundamental. La primera, tomada de "El sentido de la historia", de Berdiaeff, es ésta: Si la idea no es otra cosa que un reflejo del sistema económico imperante, ello será cierto también respecto del marxismo, y entonces el materialismo dialéctico no puede tener, ni mucho menos, un valor universal, sino, en el mejor de los casos, un valor relativo y limitado a una época histórica. Cuando esta época histórica pase, y con ella las circunstancias económicas que produjeron el marxismo, éste se verá sustituido por nuevas doctrinas. Es decir, el marxismo es también una superestructura económica. Además la revolución rusa es precisamente un caso típico en el que no son las ideas las que nacen de los hechos, sino los hechos los que siguen y se adaptan, por medio de la violencia, a las ideas de una insignificante minoría.

La segunda consideración es que no cabe duda que la economía tiene una influencia trascendental en la vida de los individuos y de las sociedades. El hombre es espíritu y es materia, y sería insensato negar la influencia de los factores materiales sobre su conducta. Pero de esto a convertir la economía en motor único o predominante de la historia—individual y colectiva—hay un abismo. Nos lo dice nuestra propia conciencia.

La tercera consideración, en fin, es la siguiente: Si la interpretación materialista de la historia es exacta, si Dios no pasa de la categoría de superestructura económica, claro está que el cris-

tianismo es una doctrina falsa. Pero si la religión, la moral y el derecho tienen un valor objetivo, la doctrina falsa es la marxista. Como dice Pio XI en la "Cuadragésimo Año", los términos "católico" y "socialista" son contradictorios. Ahora bien: la demostración de este antagonismo y de la verdad católica requieren afirmaciones más que negaciones si ha de tener eficacia. El "anti", que es estéril siempre, lo es de modo especial contra la mística marxista.

B) La lucha de clases

Una de las manifestaciones históricas más importante de cada sistema de producción son—dicen los marxistas—las clases sociales; es decir, aquellos grupos de seres humanos que utilizan análogos procedimientos para ganarse la vida. Las clases sociales tienen unas u otras características, y son más o menos numerosas según la naturaleza y distribución de los medios de producción. Pero hay un hecho que se repite constantemente al través de toda la historia (Engels, en una nota al "Manifiesto comunista", exceptuando a las sociedades prehistóricas de esta afirmación de carácter general), y es que siempre existe una clase social que, por ser dueña de los instrumentos de producción—el capital, la tierra—, domina a las otras, las explota, las oprime económicamente. Para ello se vale de todos los medios a su alcance. De un lado, de las doctrinas religiosas, morales y jurídicas, que la clase explotadora crea y difunde para mantener su dominación. De otro lado, de la policía, la administración y el ejército, que constituyen el aparato material indispensable para mantenerla coactivamente. La justicia es siempre una justicia de clase. La educación lo es también. Cuando los burgueses hablan de los derechos de los padres a educar a sus hijos, lo que expresan realmente—dice Marx en el "Manifiesto comunista"—es su deseo de inculcarlos, a ellos y a los demás, las ideas de la burguesía explotadora: "¿Y vuestra educación? ¿No está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad, de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la instrucción; no buscan sino cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominadora."

Simultáneamente con este hecho de la explotación de unas clases por otras, y como consecuencia de él, se da siempre otro: que las clases explotadas tratan de arrancar a las explotadoras sus privilegios, que luchan a muerte con ellas y que, a la larga, cuando la evolución económica llega a un cierto punto, lo consiguen, aunque ello no se pueda hacer nunca sin sangre, porque es tan difícil—dice gráficamente Lenin—que un burgués renuncie a sus privilegios como que un hombre se levante en vilo a sí mismo cogiéndose de los pelos. "La historia de toda sociedad hasta nuestros días—dicen Marx y Engels en el "Manifiesto comunista"—no ha sido sino la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, nobles y siervos, maestros artesanos y compañeros; en una palabra, opresores y oprimidos, en lucha constante, mantuvieron una guerra ininterrumpida, ya abierta, ya disimulada; una guerra que terminó siempre bien por una transformación revolucionaria de la sociedad bien por la destrucción de las dos clases antagónicas."

Por otra parte, "el carácter distintivo de nuestra época, de la época de la burguesía, es haber simplificado los antagonismos de clase. La sociedad se divide, cada vez más, en dos grandes campos opuestos, en dos clases directamente enemigas: la burguesía y el proletariado".

Proletarios sin conciencia de clase

Aparentemente no siempre sucede así. Hay, en efecto, épocas en que la lucha de clases no existe o, si se produce, termina con la derrota de la clase desposeída. Pero ello tiene la misma explicación que el movimiento histórico en su conjunto. Es que las condiciones objetivas economicosociales no son propicias al triunfo de la revolución. Unas veces porque los oprimidos no tienen conciencia de clase y sirven de buen grado los intereses de sus explotadores. Otras veces, porque el juego de las distintas clases sociales en pugna da un resultado que les es adverso.

Como ejemplo de lo primero pudiera citarse el parateo que establece Rokrovski ("La revolución rusa. Historia de sus causas económicas") entre la masa obrera rusa de 1906 y el proletariado inglés de la misma época. El superior nivel de vida de los obreros ingleses—dice Rokrovski—les ocultaba la explotación capitalista. Las circunstancias se lo recordaban constantemente a los rusos. Por eso los primeros no eran revolucionarios y los segundos sí.

La sublevación campesina alemana de 1925

Como ejemplo de una revolución fracasada, porque se intentó prematuramente y en un ambiente económico inadecuado, pudiera citarse la sublevación de los campesinos alemanes en 1925. Engels dedicó a este episodio un libro, que tiene, a mi juicio, el doble interés de ser una de las primeras obras históricas escritas con criterio marxista y de la autoridad que, entre los suyos, tiene el autor.

La reforma protestante—viene a decir, sobre poco más o menos, Engels—no es, en última instancia, una disputa teológica, del mismo modo que la revolución francesa de 1789 rebasa con mucho los límites de una pugna entre la monarquía absoluta y la monarquía constitucional. Tanto la reforma protestante como la revolución francesa, son, esencialmente y ante todo, auténticas luchas de clases, en las que si los intereses, necesidades y reivindicaciones de cada una se esconden bajo el manto religioso o una bandera política, es sencillamente porque las circunstancias de las épocas respectivas lo imponen así.

Las clases sociales de la Alemania de Carlos V que van a desempeñar el papel de protagonistas en la revolución religiosa pueden reducirse, según Engels, a tres. La primera, compuesta por los grandes príncipes eclesiásticos y seculares y los patricios ciudadanos, representa el elemento feudal, la propiedad de la tierra, la explotación de los campesinos, los privilegios medievales que hay que conservar a toda costa. Sus intereses están ligados a los del Papa y el Emperador, y por ello, se agrupan en el campo católico.

Está formada la segunda por la nobleza de categoría inferior y los burgueses de las ciudades enriquecidos en la industria y el comercio. Pretenden los caballeros anular el poderío de los príncipes, secularizar sus bienes y los

del clero y establecer una especie de democracia nobiliaria con cabeza monárquica. La burguesía, por su parte, trata de reforzar la independencia de los municipios y su propia influencia en la vida pública, de disminuir sus cargas económicas y de suprimir los privilegios tributarios del clero. A este grupo se agrega una parte de los príncipes seculares que desea enriquecerse con los bienes eclesiásticos y aprovechar la ocasión para emanciparse del poder imperial. La figura representativa de todo este conglomerado es Lutero, prototipo, según Engels, del reformista burgues que, para conseguir su objeto, no duda en desatar la fuerza revolucionaria de las masas, pero que, cuando éstas pretenden llevar el movimiento a sus últimas consecuencias lógicas, en pugna con los intereses de clase del agitado, se revuelve encolerizado contra ellas y hace fracasar por todos los medios el triunfo de los únicos que en el fondo temen razón.

Un agitador comunista en el siglo XVI

Integran el tercero de los grupos sociales a que nos venimos refiriendo los plebeyos y campesinos, arriunados de impuestos, desposeídos de todo derecho, explotados inicuamente por la nobleza y la burguesía. Su jefe fué Tomás Munzer, cuyas ideas sintetiza Engels así: "Si la filosofía religiosa de Munzer se acercaba al ateísmo, su programa político tenía afinidad con el comunismo, muchas sectas comunistas modernas en vísperas de la revolución de febrero no disponían de un arsenal teórico tan rico como los de Munzer en el siglo XVI. En su programa, el resumen de las reivindicaciones plebeyas aparece menos notable que la anticipación genial de las condiciones de emancipación del elemento proletario, que apenas acaba de hacer su aparición en los plebeyos. Este programa exigía el establecimiento inmediato del reino de Dios, de la era milenaria de felicidad tantas veces anunciada, por la reducción de la Iglesia a su origen y la supresión de todas las instituciones que se hallasen en contradicción con este cristianismo, que se decía primitivo y que en realidad era sumamente moderno. Pero, según Munzer, este reino de Dios no significaba otra cosa que una sociedad sin diferencias de clases, sin propiedad privada y sin poder estatal independiente y ajeno y frente a los miembros de la sociedad. Todos los poderes existentes que no se conformen, sumándose a la revolución, serán destruidos; los trabajos y los bienes serán comunes y se establecerá una igualdad completa. Para estos fines se fundará una liga que abarcará no sólo toda Alemania, sino la cristiandad entera; a los príncipes y grandes señores se les invitará a sumarse, y cuando se negaren a ello, la liga, con las armas en la mano, los destruirá o los matará a la primera ocasión. Inmediatamente Munzer se puso a organizar esta liga. Sus predicaciones tomaron un carácter todavía más violento y revolucionario; con la misma pasión que mostraba en condenar a los curas, trocaba contra los príncipes, la nobleza y el patriciado, y describía con colores sombríos la opresión presente, comparándola con el cuadro fantástico de su reino milenario de igualdad social republicana. Además, publicaba un panfleto revolucionario tras otro y enviaba emisarios a todas partes, mientras él mismo organizaba la liga de Altsdedt y sus alrededores." Creo que me

perdonaréis la extensión de la cita en atención al impresionante paralelo que resulta de la descripción que hace Engels de la revolución campesina del siglo XVI y el programa comunista más tarde realizado en Rusia.

El "esquema" de Engels

Pues bien; las turbas de Munzer, precedidas de banderas rojas, pasan a sangre y fuego todo el sur de Alemania, desde Alsacia y la Selva Negra hasta los confines orientales de Austria. El balance del levantamiento campesino de 1525, "el más grandioso intento revolucionario del pueblo alemán", en frase de Engels, es aterrador: cerca de ciento cincuenta mil muertos, multitudes de conventos, iglesias y fundaciones religiosas arrasadas, ciudades enteras destruidas y, como secuela de todo ello, una miseria espantosa que dura varios años.

Lo interesante para nosotros en el libro de Engels es, sobre todo, el "esquema", es decir, la aplicación de la dialéctica materialista al estudio de un período histórico. La revolución de 1525 es, para él, resultado fatal de la existencia de tres clases sociales—nobleza, burguesía y proletariado—, cuyo nacimiento y grado de desarrollo son fruto, a su vez, de las circunstancias económicas del momento.

La burguesía alemana, según Engels, tenía ya en el siglo XVI la suficiente fuerza para oponerse a los privilegios feudales de príncipes y patricios, pero no aun la necesaria para dominar por sí sola al resto de las clases. Y esto era así porque, de un lado, el desarrollo de la industria y el comercio alemanes, subsiguiente a los nuevos inventos (la imprenta, la pólvora, etc.), el aumento de la producción y la explotación de nuevas minas, habían creado una clase social, residente en las grandes ciudades mercantiles (Augsburgo, Nuremberg), cuya base económica no era la posesión de la tierra. Pero, de otro lado, lo escaso de la población, la dificultad de las comunicaciones, la falta de comercio exterior (ni las importaciones ni las exportaciones tenían prácticamente la menor importancia) impidieron la centralización política, el conocimiento de los nuevos horizontes del mundo y que la nueva clase social tuviera poder bastante para hacer, por sí sola, su propia revolución.

En cuanto al proletariado ciudadano y campesino, compuesto por los restos degenerados de la vieja sociedad feudal y corporativa (jornaleros parados, vagabundos, pícaros) y de la masa brutal e ignorante de los campesinos, era, por su misma heterogeneidad, por su falta de conciencia de clase, por la dependencia de las ciudades respecto del campo (de donde la enorme superioridad numérica de los trabajadores de la tierra), incapaz de oponerse a los demás elementos en lucha y llevar a cabo la revolución proletaria.

Por eso la sublevación campesina de 1525 terminó fatalmente, como tenía que terminar. En el juego de clases e intereses resultaban los más fuertes los príncipes, y fueron los príncipes los vencedores.

La lucha final

Faltan para completar el cuadro ideológico de la lucha de clases dos pinceladas más. Nos encontramos en la etapa final de estas luchas. Al predominio de los terratenientes feudales, sucedió el de la burguesía capitalista, y se acerca por momentos (en Rusia ha llegado ya) el de la clase proletaria. Los expropiados—dice Marx—van a convertir-

se en expropiadores. La monarquía absoluta fué el instrumento político de los príncipes y señores, dueños del más importante medio de producción: la tierra. Las monarquías constitucionales y las repúblicas democráticas han constituido la forma de gobierno propio de los burgueses, poseedores del capital industrial, de las fábricas y de los bancos. El Estado comunista es el arma del proletariado como clase triunfante que, al abolir la propiedad burguesa, ha de "destruir violentamente las antiguas relaciones de producción", lo que, a su vez, originará el derrumbamiento de todo el orden social tradicional. La convulsión será terrible. "¡Que las clases dirigentes tiemblen ante la idea de la revolución comunista!", decía ya Marx en 1848. Después, tras el período de transición representado por la dictadura del proletariado, vendrá la sociedad sin clases, el paraíso en la tierra, redimida por el sacrificio de la clase trabajadora.

Es inútil querer detener la Historia

Lo que importa que un buen marxista tenga presente es que esta evolución social, que empieza en el momento mismo en que la propiedad privada aparece en el mundo, y que da lugar sucesivamente a los sistemas de producción asiático, antiguo, feudal y burgués, se produce de un modo inevitable. Es inútil querer detener la Historia. El triunfo proletario, la revolución comunista, la implantación del socialismo en el mundo es tan fatal como las leyes que rigen los movimientos de los astros. Por eso resulta necio todo intento de suavizar y, más aún, de evitar el choque. La misión de todo obrero, consciente del papel que esta llamado a desempeñar en la historia del mundo, es agudizar hasta el último extremo la lucha de clases.

Esta seguridad en el triunfo, esta fe en la misión redentora del proletariado, crea una mística exaltada y terrible, de la que quienes vivimos en la zona roja durante nuestra guerra de liberación tenemos una experiencia elocuente y directa. El marxista convencido es capaz de todo, y lo mismo se entrega a las más espantosas matanzas y arrasa y destruye cuanto cree que puede ser un obstáculo para la revolución, que entrega su propia vida sin vacilar si lo cree necesario.

Dos notas críticas

La experiencia histórica nos dice que las luchas de clases no son inevitables. Los mismos marxistas reconocen que hay grandes períodos de la vida de la humanidad en que no existen luchas sociales. Ya hemos visto que ellos lo explican por la falta de conciencia de clase en los explotados. Pero para que los explotados tengan conciencia de su explotación hacen falta dos cosas: que la explotación exista efectivamente y que la pérdida de la fe en unos principios espirituales, independientes de la realidad económica, lleve a los explotados al campo materialista y a la revolución social.

Cuando en una comunidad nacional hay unidad espiritual y justicia social no es posible la lucha de clases. Por eso los Papas centran la cuestión comunista en el terreno religioso y en el de la justicia social. Por eso en la España del Siglo de Oro no hubo luchas de clases. Es que entonces todos los españoles, desde el rey al último de los vasallos, estaban penetrados de la misión

de España en el mundo y se sentían orgullosamente miembros de una gloriosa comunidad nacional.

C) El plus-valor

Si el materialismo dialéctico explica la historia por la economía y el dogma de la lucha de clases anima la explotación constante de unas por otras, el sistema económico del marxismo pretende ser la demostración científica de esta explotación en la sociedad capitalista moderna.

No es posible, ni por el tiempo de que disponemos ni por el carácter de exposición de conjunto que tiene este trabajo, estudiar con detalle la teoría del plus-valor según Carlos Marx. Es necesario, sin embargo, recogerla, aunque solo sea a paso y telegráficamente, si queremos que esta síntesis del marxismo no resulte incompleta. En pocas palabras pudiera resumirse así: El empresario compra al obrero el "valor de uso" de su trabajo, es decir, su capacidad de producción íntegra durante la jornada; pero le paga el "valor de cambio" del mismo trabajo, es decir, su precio, determinado, como el de cualquiera otra mercancía, por el libre juego de la oferta y la demanda. Y como el primero es siempre mayor que el segundo, de la operación resulta una diferencia, un plus-valor, que queda en manos del capitalista y que en definitiva es un verdadero robo al trabajador.

Marx desconoce deliberadamente una cosa: Que el trabajo no es el único elemento de la producción, aunque sea, sin duda alguna, el más importante. Y que, por ende, los otros elementos—naturaleza, capital, empresa, Estado—tienen también derecho a participar en los beneficios del producto.

D) La teoría de la revolución

Llegamos con esto al último de los aspectos fundamentales del comunismo: la teoría de la revolución. Su fin último es llegar a una sociedad sin clases y sin Estado, en que cada uno dé espontáneamente a la colectividad todo lo que sus energías le permitan y reciba de ella cuanto precise para satisfacer sus necesidades. Pero ello no es posible sin el paso de la propiedad privada a la colectiva, sin el vencimiento de la clase explotadora, lo que determina el fin próximo del comunismo: el aniquilamiento de la estructura económica capitalista.

No es, ciertamente, una tarea fácil, y su consecución supone, en primer lugar, la conquista del Estado por la clase trabajadora; en segundo término, la destrucción de la máquina de gobierno capitalista y su sustitución por un nuevo Estado de clase, es decir, por la dictadura del proletariado. Y más tarde, cuando el gobierno de los hombres sea "sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción", como dice Engels, el Estado no será necesario e "irá desapareciendo por sí mismo", morirá, para emplear una palabra grata a los marxistas. Y entonces la humanidad será feliz.

Pero antes que nada hay que conquistar el poder. El Estado—dice Lenin comentando a Marx—"es el órgano de dominación de clase, el órgano de opresión de una clase por otra, es la creación del "orden" que legaliza y perpetúa esta opresión, amortiguando los choques entre las clases". Hay que conquistarlo, pues, para librarse del dominio capitalista. Y hay que conquistarlo violentamente.

La moral comunista

Conviene insistir, antes de seguir adelante, sobre algo que ya hemos apuntado con anterioridad. La moral comunista se apoya únicamente en las conveniencias de la revolución. Es bueno lo que la favorece y malo lo que la perjudica o dificulta. Así, la violencia contra los comunistas serán un crimen, y la violencia contra los burgueses un hecho meritorio. "La gendarmería del zarismo estrangulaba a los obreros que luchaban por el socialismo—dice Trotsky—. Nuestras comisiones extraordinarias barren señores rurales, capitalistas y generales que luchan por restaurar el orden capitalista. ¿Percibís esta distinción? Para nosotros, los comunistas, es suficiente." "Nosotros condenamos el terror individual—añade Lenin refiriéndose a 1903—únicamente por motivos de conveniencia; si hay gentes capaces de condenar en principio el terror de la gran revolución francesa o, en general, el terror ejercido por un partido revolucionario victorioso, asediado por la burguesía de todo el mundo, esas gentes ya están condenadas para siempre al fracaso." ("El extremismo, enfermedad infantil del comunismo.")

Lo mismo ocurre con la guerra. Hay guerras "progresivas", las revolucionarias, y guerras "de negros", las organizadas por la burguesía imperialista. "Si, por ejemplo, mañana matrueros declarase la guerra a Francia, la India a Inglaterra, Persia o China a Rusia—decía Lenin en un comentario sobre la guerra de 1914—, serían guerras justas, guerras defensivas. En estas condiciones, cualquiera que fuese el país que atacase primero, todo socialista simpatizaría con la causa de las naciones oprimidas, dependientes, privadas de la plenitud de derecho en la lucha contra las grandes potencias opresoras, esclavizadoras y explotadoras. Pero figuraos un negrero poseedor de cien esclavos, que lucha contra otro que posee doscientos por una distribución más "equitativa" de estos esclavos. Es perfectamente claro que si en este caso se hablase de defensa de la patria o de guerra defensiva, sería falsear la historia, y prácticamente sería una simple farsa de los hábiles negreros para engañar a los analfabetos, a los pequeños burgueses y a las gentes cándidas." ("El socialismo y la guerra.")

Hay que apoyar los movimientos nacionalistas, dice Stalin; pero no todos, sino únicamente aquellos cuyo triunfo puede favorecer los planes comunistas. "El problema de las naciones oprimidas se ha convertido en el problema de apoyar y ayudar, ayudar de un modo real y constante, a las naciones oprimidas en su lucha contra el imperialismo, por la verdadera igualdad de las naciones, por su existencia independiente como Estados... Esto no significa, naturalmente, que el proletariado debe apoyar siempre y en todas partes, en todos y cada uno de los casos concretos, todo movimiento nacional. De lo que se trata es de apoyar aquellos movimientos nacionales encaminados a debilitar, a derrumbar el imperialismo y no a defenderlo." ("Sobre los fundamentos del leninismo").

Trotsky atribuye a Lenin una frase según la cual "en política sólo creen en palabras de honor los idiotas". Y de Lenin son estos renglones tomados de "El extremismo, enfermedad infantil del comunismo": "Hay que saber resistir a todo esto, disponerse a todos los sacrificios, emplear, en caso de necesidad, todas las estratagemas, todas las

astucias, los procedimientos ilegales, ocultar la verdad en ocasiones, con objeto de penetrar en los sindicatos, permanecer en ellos y realizar allí una labor comunista a pesar de todo."

Un partido de choque

Esto supuesto, lo primero es tener un partido capaz de realizar la revolución y de encauzarla. Stalin dedicó a este tema una de las conferencias que en abril de 1924 pronunció en la Universidad de Sverdlov y que después publicó bajo el título general "Sobre los fundamentos del leninismo". En ella afirma que el partido comunista tiene que ser un destacamento, organizado, de vanguardia, de la clase obrera. No la única organización proletaria, ya que los sindicatos, cooperativas, agrupaciones de fábrica, fracciones parlamentarias, prensa, asociaciones juveniles, culturales, etc., son indispensables también; pero si el organismo encargado de orientar e inspirar la actuación de todas las entidades obreras. Es, además, el partido un instrumento para la conquista y consolidación del poder. Ha de haber en él una disciplina de hierro y una unidad absoluta de pensamiento y de acción. En fin, es condición previa de su eficacia la depuración constante e implacable de aquellos elementos que pueden perturbar de cualquier modo sus actividades. El partido conoce la teoría y la práctica de la revolución. Lenin estudió concienzudamente la historia de las revoluciones. Y no sólo la historia de las revoluciones, sino las más importantes obras de estrategia y táctica militar, cuyos principios aplicó a la lucha revolucionaria en las calles. Conocía a fondo, por ejemplo, a Clausewitz, y yo os invito a leer, si os interesa este aspecto del formidable agitador bolchevique, el libro de Rollin "La revolución rusa".

Al acecho del momento oportuno

El partido, para actuar, debe estudiar fríamente las oportunidades de cada momento. Nos encontramos—dice Lenin en la época del imperialismo, y el imperialismo "es el capitalismo en una etapa de su revolución, en que se ha destacado la hegemonía de los monopolios y del capital financiero, en que la exportación de capitales cobra una importancia manifiesta, en que ha comenzado ya a repartirse el mundo entre los "trusts" internacionales, poniéndose fin a la distribución de todo el territorio del planeta entre los grandes países capitalistas." ("El imperialismo, etapa superior del capitalismo.") "El imperialismo es el "capitalismo agonizante", porque—sintetiza Stalin—"lleva las contradicciones del capitalismo a su último límite, al límite extremo, detrás del cual empieza la revolución." ("Sobre los fundamentos del leninismo").

Hay que estar, pues, constantemente al acecho para dar el golpe definitivo en cuanto se presente una ocasión propicia. Mientras tanto, todos los medios son buenos: los compromisos con los partidos burgueses, la participación en los parlamentos, la infiltración en sindicatos y organizaciones de todo género, desde las de tipo cultural y artístico hasta las deportivas, y todo ello sin perjuicio de la actuación clandestina, simultánea con los procedimientos legales, y de llegar, si es preciso, al atentado personal y cuantas violencias resulten eficaces. El objetivo último—no hay que perderlo de vista ni un momento—es la destrucción de la sociedad

ACTIVIDADES del Centro de Madrid en el mes de noviembre

- Día 5. Círculo de Estudios
- » 6. Primer Viernes.
- » 12. Círculo de Estudios
- » 13. Círculo Agrario.
- » 14. Sección de S. Pablo.
- » 19. Círculo de Estudios.
- » 20. Círculo Agrario
- » 26. Círculo de Estudios.
- » 27. Círculo Agrario.
- » 29. Retiro trimestral.

burguesa, y la gran habilidad será servirse en cada caso de los intereses de las distintas clases sociales. Los dos párrafos que siguen son elocuentes en este sentido. Uno es de Lenin ("Dos tácticas") y se refiere a 1905. El otro pertenece a Stalin ("En torno a los problemas del leninismo"), y alude a la revolución de 1917. El primero dice así: "Al principio (subraya Lenin), del brazo de todos los campesinos contra la monarquía, contra los terratenientes, contra la Edad Media... Después, del brazo de los campesinos pobres, del brazo del semiproletariado, del brazo de todos los explotados, contra el capitalismo, incluyendo los ricachos de la aldea, los kulaks, los especuladores, y en este sentido la revolución se convierte en socialista." El párrafo de Stalin es éste: "Durante la revolución de octubre los campesinos no eran tampoco socialistas por su situación y no querían en modo alguno implantar el socialismo en nuestro país... Y, sin embargo, en aquellos entonces siguieron al proletariado socialista. ¿Por qué?... Porque nuestro partido logró sondear, encontrar el grado de unificación y subordinación de los intereses específicos de los campesinos (el derrocamiento de los terratenientes, la paz) a los intereses generales del país (dictadura del proletariado)..., etc."

Soldados, obreros y campesinos

Es de la mayor importancia comprender que con un ejército unido y disciplinado en contra la revolución es imposible. Hay que ganarse, por lo tanto, para el momento oportuno, por lo menos a una parte de los soldados.

Hay que arrastrar a la masa obrera y ejercitarla constantemente en la lucha contra la burguesía. Por eso las mejoras obtenidas no tienen importancia sino en cuanto permiten conquistar nuevas posiciones. Puede ocurrir incluso que haya que impedir algunas de estas mejoras que, por su naturaleza, pudieran debilitar en los obreros el sentido revolucionario. En cambio, las reformas cuya imposibilidad, en un momento dado, sirva para enfurecer a los obreros, defraudados al no conseguir lo que desean no ya contra sus patronos individuales, sino contra el régimen que se trata de derrocar, hay que exigir las una y otra vez y considerarlas como algo fundamental para los intereses de la clase obrera.

Por lo que se refiere a los campesinos, cuantos menos propietarios haya

NOTICIAS ACTIVIDADES DE LOS CENTROS

Nuestro compañero del Centro de Alcoy Manuel Boronat ha visto alegrado su hogar con el nacimiento del segundo de sus hijos.

—También al compañero Francisco López, del mismo Centro, le ha nacido una niña, que hace el número siete de los que Dios le ha concedido.

—Nuestro compañero don Justo González Tarrío, director general de Propiedades y Contribución Territorial, ha sido nombrado recientemente comendador de la Orden de Isabel la Católica.

—Nuestro compañero del Centro de Madrid Francisco Ipiña ha visto alegrado su hogar con el nacimiento de una niña, cuarto de sus hijos.

—El propagandista del Centro de Zaragoza Manuel Vitoria Garcés ha tenido la satisfacción de ver nacer a su primer hijo, una hermosa niña. También Luis de Diego, del mismo Centro, ha visto nacer a su tercer hijo, a quien le será impuesto el nombre de Javier. Y Luis Blasco del Cacho, una niña.

más fácil será la revolución. "Cuanto mayor sea el número de campesinos a quienes no dejemos descender a la categoría de propietarios y a los que podamos atraernos ya como campesinos, más rápida y fácilmente se llevará a cabo la transformación social", dice Stalin en los "Fundamentos del leninismo". Recordemos, no obstante, que una de las consignas de Lenin en 1917 fué el reparto de tierras a los campesinos.

La dictadura del proletariado

Una vez el proletariado en el poder, su primera preocupación debe ser aplastar el Estado capitalista. El proletariado no puede gobernar con la vieja máquina burguesa y ha de destruirla si no quiere sucumbir. Las lecciones de la Commune de 1870 fueron, dicen los comunistas, terminantes. Hay que sustituir el Ejército, la Policía, la burocracia, la magistratura de la sociedad capitalista por la magistratura, la burocracia, la Policía y el Ejército del pueblo, "armado hasta el último hombre". La etapa de transición del capitalismo al socialismo no puede recorrerse sin la dictadura del proletariado. "La dictadura del proletariado—dice Stalin—es un poder revolucionario que se apoya en la violencia contra la burguesía." "La dictadura del proletariado—había dicho antes Lenin—implica una serie de restricciones puestas a la libertad de los opresores, de los explotadores, de los capitalistas. Para liberar a la humanidad de la esclavitud asalariada no hay más remedio que reprimir a éstos, no hay más remedio que vencer por la fuerza su resistencia, y es evidente que allí donde hay represión, donde hay violencia, no hay libertad ni democracia." ("El Estado y la revolución".)

Termino. La práctica revolucionaria comunista es consecuencia natural de sus principios teóricos, y es hacia ellos hacia donde debe dirigirse la crítica. Por mi parte yo me he limitado casi exclusivamente a exponer, y quise hacerlo con objetividad absoluta. No sé si lo he conseguido.

ALCOY

Comenzó el curso este Centro con la misa y comunión de primer viernes del mes de octubre, celebrada en la iglesia de los padres salesianos. El Circuito de Estudios inaugural fué el día 10 de dicho mes. El secretario dió cuenta de la Asamblea de Loyola y expuso los planes para el curso actual, invitando a hacer examen de conciencia sobre el anterior, para rectificar todo lo que en aquélla nos pueda acusar, pues la vocación a que Dios nos llamó, en frase del reverendo señor Arzobispo de Valencia, cuando nos impuso las insignias de este Centro, nos pide abnegación total en el apostolado a que fuimos requeridos y abandonado completo en las manos de Dios; y nuestra condición de propagandistas nos exige el exacto cumplimiento del reglamento. Base principal ha de ser la vida anterior, y para ello la práctica constante y fervorosa de cuanto puede aumentarla. Ejercicios espirituales, comuniones de primer viernes, retiros, viglias, alentando además a que se constituya la Sección de San Pablo. Después hemos de proseguir la edificación, con la formación intelectual mediante los Circuitos de Estudios, y como coronamiento habremos de esforzarnos en intensificar las obras de celo que nos ocupan—Acción Católica, Apostolado Social, etcétera—para la difusión del Reino de Cristo a nuestro alrededor. Dió cuenta del alejamiento de nuestro consiliario, reverendo don Manuel Llopis, nombrado por nuestro amadísimo Prelado cura párroco del Santo Angel Custodio, de Valencia, lamentando profundamente la separación, que por todos conceptos ha sido dolorosa. Se propone que, de modo provisional, sea invitado a sustituir al señor Llopis el reverendo director de las Escuelas Salesianas de ésta, don Celedonio Macías, S. S., quien, visitado posteriormente, aceptó.

Para los Circuitos de Estudios se dispuso seguir el temario aprobado por el Consejo de la Asociación, cuyas ponencias se distribuyeron. En los Circuitos sucesivos desarrollaron: una interesantísima lección sobre Liturgia el reverendo don Celedonio Macías, S. S., que expuso con gran erudición y sugestiva amenidad la correspondiente al tiempo de Adviento; y el comienzo de la ponencia general, Albors (E.), que trató de la Doctrina del comunismo ateo, entroncándola remotamente en la Reforma Protestante y teorías derivadas del mismo, y modernamente en el liberalismo.

ALICANTE

Durante el presente curso será desarrollado el tema "La Iglesia de Jesucristo", con arreglo al siguiente orden:

Octubre 13. — Primero. "Fundación de la Iglesia."

Ponente: don Angel Tello Ortiz, médico militar.

Octubre 20. — Segundo. "Fin de la Iglesia y necesidad de pertenecer a ella."

Ponente: don Julio Banaalooche Molina, abogado y delegado provincial del Instituto Nacional de Previsión.

Octubre 27.—Tercero. "Primado Romano y su infalibilidad."

Ponente: don Antonio García Leal, jefe de Propaganda de la C. N. S.

Noviembre 3.—Cuarto. "Notas características de la Iglesia."

Ponente: señor Burguesa.

Noviembre 11.—Quinto. "Doctrina del Cuerpo Místico de Cristo."

Ponente: don Tomás Rocamora.

ZARAGOZA

En los cursos de verano de la Universidad de Jaca han tomado parte muy activa los señores Sancho Izquierdo y Tomeo, rector y catedrático de la Universidad de Zaragoza, respectivamente, y propagandistas de aquel Centro.

—En la Semana de Estudios de Derecho Aragonés, celebrada este verano en Jaca, intervinieron muy destacadamente los propagandistas señores Sancho Izquierdo, Sanz (don Justo), Jiménez Arnau, Vitoria y Guallart y en su organización el señor García Atance.

* * *

El temario del curso de 1942-43 es el siguiente:

Tema general: "El naturalismo ateo contemporáneo y la doctrina de la Iglesia."

12 de noviembre.—Tema 1.º "Doctrina del comunismo ateo."

Ponente: señor Sánchez Ventura.

19 de noviembre.—Tema 2.º "Frutos del comunismo."

Ponente: señor Fabrat.

3 de diciembre.—Tema 3.º "Doctrina de la Iglesia frente al comunismo."

Ponente: señor Latre.

10 de diciembre.—Tema 4.º "Actuación de la Iglesia contra el comunismo."

Ponente: señor Sanz.

17 de diciembre.—Tema 5.º "Recursos y medios que se deben emplear frente al comunismo."

Ponente: señor B. de Benasque.

7 de enero de 1934.—Tema 6.º "Ministros y auxiliares de esta obra de la Iglesia."

Ponente: señor Izquierdo Molins.

14 de enero.—Tema 7.º "Unidad de la especie humana."

Ponente: señor De Diego.

21 de enero.—Tema 8.º "Medios lícitos e ilícitos para conservar la pureza de la sangre o de la especie."

Ponente: señor Conde.

4 de febrero.—Tema 9.º "El alma racional como principio de las cualidades intelectuales y morales del hombre."

Ponente: señor Vitoria.

11 de febrero.—Tema 10. "Fin esencial de la educación del hombre."

Ponente: señor Liarte.

18 de febrero.—Tema 11. "Fundamento de la Religión y su independencia de las leyes biológicas."

Ponente: señor Navascués.

4 de marzo.—Tema 12. "Norma suprema del orden jurídico."

Ponente: Señor Sancho Izquierdo.

11 de marzo.—Tema 13. "Existencia de un Dios personal, distinto del Universo y del hombre."

Ponente: señor Estevan.

18 de marzo.—Tema 14. "Derechos del individuo, de la sociedad y del Estado."

Ponente: señor García Atance.